

EL MÉTODO HISTÓRICO-CRÍTICO Y LA LECTURA ESPIRITUAL DE LA BIBLIA

En 1993 el documento de la Pontificia Comisión Bíblica (PCB) La interpretación de la Biblia en la Iglesia repasaba los métodos y aproximaciones actualmente utilizados en los estudios bíblicos. Reconocía que el método histórico-crítico ocupaba el primer lugar y recomendaba a los exegetas católicos “usarlo pero sin atribuirle la exclusividad”. Hablaba además del sentido espiritual de la escritura, en particular de cómo lo practicaban los Padres, y ofrecía sugerencias sobre cómo también hoy se puede sacar provecho espiritual de la lectura bíblica. El cardenal Ratzinger, entonces presidente de la PCB, publicó un artículo sobre el mismo tema en el que admitía el valor del método histórico-crítico, pero resaltaba los múltiples defectos del mismo, en particular su escepticismo histórico. En el presente artículo se discuten brevemente los méritos y lagunas del método histórico-crítico, y se intenta hacer progresar el discurso del documento de la PCB sobre cómo superar la aridez de una lectura ultracrítica y sacar algún provecho espiritual de la lectura de la biblia.

Il metodo storico critico e la lettura spirituale della bibbia, Lateranum 74 (2008) 81-90

Sentido literal y análisis histórico-crítico

Ante todo debo esclarecer la distinción entre sentido literal y análisis histórico-crítico. El *sentido literal* de cualquier texto es lo que el autor quiere comunicar al lector; es la comprensión de aquello que aparece tras una lectura *prima facie* del escrito, partiendo de todo lo que aparece explícitamente o bien leyendo entre líneas.

El *método histórico-crítico*, en cambio, desmonta el texto en piezas para ver cómo funciona. Empieza con la crítica textual, pasa a

una crítica literaria mediante la morfología y la semántica, concreta las fuentes, traza el proceso histórico de su composición, la *Traditionsgeschichte* (historia de la tradición) y la *Redactiongeschichte* (historia de la redacción), y el género literario del todo y de sus componentes. Si se trata de un texto de naturaleza histórica, se valora la fiabilidad de las fuentes para poder formar una opinión sobre la verdad de toda la composición. La fiabilidad de las fuentes está presente en toda investigación histórica, incluso profana, pero cuando se trata de un relato de carácter religioso es evidente que, si se ex-

cluye *a priori* lo sobrenatural, la investigación queda coja.

Balance del método histórico-crítico

En la exégesis, los resultados de este método son ciertamente muy positivos; baste recordar el conocimiento del proceso de composición del Pentateuco, el *Sitz in Leben* de los Salmos, la historia deuteronomística, la *Formgeschichte* (la historia de las formas literarias) de los sinópticos y la complejidad del círculo joánico. Pero, por otro lado, se ha creado un cierto escepticismo sobre la historicidad de los evangelios; la exégesis se ha reducido muchas veces a una mera operación quirúrgica, como decía Ratzinger; y no raramente el lector se queda con la sensación de que los exegetas han sabido desmontar correctamente un reloj para ver cómo estaba construido, pero, luego, no han sabido recomponerlo: ¡la función de un reloj es marcar las horas y no enseñar mecánica! Diríamos, pues, que el método histórico-crítico ha proporcionado al estudioso muchos conocimientos muy útiles científicamente, pero que le ayudan poco en su fe y espiritualidad.

Historia, alegoría, *theoria*

La profesora Cocchini ha mos-

trado que en la iglesia de los primeros siglos ya existía el problema, particularmente respecto al AT. La iglesia no cedió nunca a la propuesta de Marción y de los gnósticos; y los escritores cristianos siempre han querido obtener alimento espiritual de toda la biblia. Todos han insistido en la *anagogé*, es decir, en la elevación del alma hacia Dios mediante la lectura bíblica. Orígenes y su escuela lo procuraban recurriendo a la alegoría, frecuentemente reducida a mera tipología; los antioquenos, en cambio, insistían en una interpretación literal del texto pero visto desde la altura de la profecía (la *theoria* en lugar de la alegoría). Consideraban la alegoría alejandrina fantasiosa, desvinculada del texto y sometida, por consiguiente, al peligro de deshistorización. En tal caso el relato podría quedar reducido a un mito, como el de las divinidades griegas.

Surge, pues, la pregunta actual: ¿es posible hacer una lectura espiritual de los libros bíblicos sin renunciar a los métodos modernos de investigación y sin caer en especulaciones místicas sin fundamento en el texto? Tal lectura es posible. Los criterios para una interpretación espiritual de la biblia están en ella misma. Incluso determinados resultados de la investigación histórico-crítica nos permiten descubrir modos y criterios para hacerla.

PRESUPUESTOS HERMENÉUTICOS DE UNA LECTURA ESPIRITUAL

La intención del texto y la del autor

A) La *intentio textus* puede ser más amplia que la *intentio auctoris*. Podemos ilustrar este principio con las palabras de Caifás refiriéndose a la muerte de Jesús. “Vosotros no sabéis nada, no caéis en cuenta que es mejor que muera uno solo por el pueblo y no que perezca toda la nación”. El evangelista comenta a continuación: “Esto no lo dijo por su propia cuenta, sino que, como era sumo sacerdote, profetizó que Jesús iba a morir por la nación, y no sólo por la nación, sino para reunir en uno a los hijos de Dios que estaban dispersos “ (Jn 11, 50-52). Esto significa que las palabras en sí mismas podían tener un sentido más amplio que el pretendido por quien las decía; albergaban una posibilidad escondida que ha sido actualizada por los acontecimientos histórico-salvíficos posteriores, y esta tal potencialidad había sido aportada por el Espíritu de profecía que correspondía a Caifás como sumo sacerdote. Podríamos designar ese *plus* de significado un *sensus plenior* aplicable a todas aquellas profecías del AT cuyo cumplimiento va más allá de la visión inmediata del profeta.

Wirkungsgeschichte

B) Un segundo presupuesto es

lo que la crítica moderna llama *Wirkungsgeschichte*, es decir, la interacción de un texto con las consecuencias ocurridas en la historia, la cual, por su parte, revela la plenitud de significado encerrada en el texto. Fijémonos sólo en la plenitud de aquel “Sígueme” que Jesús dice a Pedro en Jn 21, 18-19. Cuando la *Wirkungsgeschichte* coincide con lo que los católicos denominamos la tradición, entonces advertimos la acción del Espíritu, que, en este caso, conduce el acontecimiento siguiendo un plan que tiene su inicio en el texto. La historia puede devenir un principio hermenéutico

El Espíritu Santo, de la escritura a la interpretación

C) El tercer principio es el de la *Dei Verbum* 12: “La Sagrada Escritura hay que leerla e interpretarla con el mismo espíritu con que se escribió”, es decir, la obra del Espíritu Santo no se agota en la ayuda proporcionada al hagiógrafo en la potencialidad que infunde en el texto, sino que se continúa en su interpretación. El mismo intérprete está, en cierto modo, “inspirado”. Cuando se trata de la interpretación teológica de pasajes bíblicos fundamentales interpretados por el magisterio de la iglesia es evidente que en esta tarea la iglesia goza de la asistencia ordi-

naria del Espíritu Santo, el cual “os guiará hacia la verdad completa” (Jn 16, 13). Pero el Espíritu puede actuar también mediante el *sensus fidelium* o por medio de los carismáticos presentes a lo largo de toda la historia de la iglesia. Incluso cada creyente, en su meditación privada sobre la biblia, goza de esta ayuda en orden a llegar a sus decisiones de fe, si estas intuiciones se mantienen en el ámbito de la *regula fidei*. Todo ello forma parte del “recordar” las palabras de Jesús, que éste incluyó entre las obras del Paráclito prometido (Jn 14, 26).

Una sola historia de salvación

D) Otra premisa importante, en particular para la lectura del AT es que la iglesia e Israel están en una misma línea de la historia de salvación. La relación entre Dios e Israel ayuda a comprender relación de Dios con la iglesia en la Nueva Alianza. Por ejemplo, Pablo en 1Co 10, 1-12 advierte a los cristianos bautizados que participan en la eucaristía, que no pueden tomar parte en ningún sacrificio de los paganos, como hacían algunos de ellos, quizá porque, formando parte de alguna corporación gremial que comenzaba sus reuniones con un sacrificio, no querían ser excluidos de ella. Pablo alude al ejemplo de los israelitas en el desierto: aunque habían sido bautizados en el mar Rojo y habían participado del maná, fueron castigados en el

desierto a causa de su idolatría. Las reglas de Dios no cambian tampoco para los cristianos. Y en Rm 11, 15-21 el Apóstol advierte a los paganos conversos que ellos son una rama de acebuche injertada en el tronco de un olivo al que se le han cortado algunas ramas por su incredulidad. Pero si Dios ha tratado así a su pueblo amado, lo mismo hará con los neoconversos: si se ensoberbecieran no se comportaran podrían ser cortados a su vez y más fácilmente que las otras ramas, precisamente por provenir de un árbol extraño. Lo que vale para los judíos también vale para los cristianos. Al fin y al cabo, los cristianos y, en especial, los judeocristianos, no son otra cosa que el “resto” prometido por Isaías.

Paternidad del lector

E) La paternidad del lector del texto. La última premisa es un principio de la hermenéutica moderna, según el cual un texto a veces pierde la paternidad del escritor para adquirir la del lector. T. S. Elliot se despedía de sus poesías ¡invitándolas a hacer su propio camino! Un principio que puede considerarse peligroso ya que puede conducir a una interpretación subjetivista incontrolada, como quizá podía ocurrir en el caso de la alegoría. Pero, interpretado en el contexto eclesial, el principio puede ser muy útil. Un texto profético o apostólico tiene de por sí la pater-

nidad carismática del autor, pero adquiere la paternidad del lector cuando éste es la sinagoga, para el AT, y la iglesia para toda la biblia. La nueva paternidad no elimina, si no que complementa la preceden-

te. Incluso en el caso de una lectura espiritual privada, el orante que hace suyo un texto y lo hace revivir en su corazón, no le niega la paternidad canónica si lo hace suyo en el seno de la *regula fidei*.

EL SENTIDO ESPIRITUAL DE LA ESCRITURA

Habiendo explicitado estos presupuestos hermenéuticos, ofrezcamos y desarrollaremos ahora una definición del sentido espiritual de la Escritura. *El sentido espiritual es el mensaje que el Espíritu Santo intenta comunicar en un tiempo o en una situación particular a la iglesia o al creyente a través de un texto bíblico en su sentido literal o bien actualizando su potencialidad de interpretación.*

La definición se basa en la frase tan repetida en el Apocalipsis: “esto es lo que el Espíritu dice a las iglesias”. El cristianismo no es “una religión del libro”, un libro muerto, sino la religión del Espíritu que mantiene vivo el libro en todo tiempo y en cualquier circunstancia histórica que requiera un mensaje específico *hic et nunc* que lleve a una decisión existencial de fe.

Sigamos ahora con nuestro programa de extraer, de la complejidad de la misma biblia, algunos principios que ilustren con más detalle la precedente definición y que, siendo propios de las más recientes investigaciones histórico-críticas, puedan ayudarnos.

Reinterpretación intrabíblica

Me refiero a la reinterpretación intrabíblica: nuestra biblia canónica no es un libro bajado del cielo o dictado por el ángel Gabriel, como conciben los musulmanes el Corán. La biblia es el término de un proceso dinámico que, llevado a cabo por un conjunto de profetas, sabios, copistas y glosadores, ha durado centenares de años. El texto canónico es, en cierto sentido, una cristalización que necesita constantemente que la descongelen mediante una relectura en la iglesia; para que así continúe aquel dinamismo espiritual que la ha producido, dentro de la misma historia de la salvación y por obra del mismo Espíritu que acompaña siempre al texto desde su nacimiento.

Por reinterpretación entendemos aquel proceso que tiene su inicio en un texto, escrito o proclamado por un profeta o un legislador (por ejemplo, un oráculo), dirigido a un auditorio concreto, en una circunstancia histórica definida y preservado por los seguidores del profeta porque no ha agotado su

carga una vez pasado aquel momento histórico; en una circunstancia análoga. En el futuro, otro carismático lo reescribe adaptándolo al auditorio y a la situación actual, bien añadiéndole una glosa, cambiando una palabra, o colocándolo en un contexto más amplio que le confiere un significado nuevo. El proceso puede repetirse, creando así una cadena de relecturas.

Textos legislativos, salmos, profetas

Tales relecturas las encontramos necesariamente en los textos legislativos. Una ley social no se promulga para mil años, pues las circunstancias históricas y sociales están en continuo cambio y las leyes deben adaptarse a la situación del pueblo. En el caso del Pentateuco, a partir de las prescripciones contenidas en él, podemos seguir el recorrido histórico de la sociedad israelita: la transición de una convivencia tribal a un régimen monárquico, de un reino unido a uno dividido entre Judá e Israel, de la deportación al retorno del exilio y a las diferentes dominaciones después del exilio.

También se da reinterpretación en el caso de los salmos. Por ejemplo, un salmo compuesto por un poeta de la corte en ocasión de la coronación de un rey, como los Sal 2 y 110, puede repetirse en la coronación de su sucesor. Pero, durante el exilio y después de él

—cuando no existía un rey histórico—, la sinagoga seguía cantando dichos salmos, interpretándolos ahora sin referirse a un individuo histórico: con las palabras del salmo expresaba su esperanza en la venida del rey ideal que nosotros llamamos el Mesías. Que el poeta original hubiera aludido o no a la venida del Mesías cuando compuso su canto no es obstáculo para que la relectura de la sinagoga sea un claro ejemplo de la adquisición de la paternidad del lector, en este caso el pueblo hebreo, de parte de un texto, hasta el punto de que éste pasa a ser el significado del salmo a través de los tiempos, de manera que el NT podrá citar esos dos salmos como mesiánicos sin reparo alguno. Un exegeta que se limitara a examinar críticamente el salmo originario diría que los autores del NT no habrían captado el sentido del salmo y que se equivocaban al citarlo, pero el método histórico-crítico es histórico precisamente porque debe examinar todo el proceso histórico de un texto.

De lo dicho se deduce que el significado de un texto va creciendo en la historia como una bola de nieve que corre monte abajo, y va más allá de la *intentio auctoris* original, actualizando la potencialidad contenida en sus palabras. Podemos denominar este nuevo significado el *sensus plenior*, como proponen algunos autores católicos, pero no entendiéndolo mecánicamente, como si el autor original quisiera expresar dos sen-

tidos al mismo tiempo, sino como una revelación gradual del contenido del texto por parte de aquel Dios que lo había inspirado así desde el principio y que mientras guía a su pueblo a lo largo de la historia, va llenando aquellas palabras de nuevos significados.

El NT y la relectura del AT

Las interpretaciones de textos veterotestamentarios en el NT han de tener presente el gran salto producido por la venida de Jesús. Si en el AT la historia actúa como clave hermenéutica de un texto y los nuevos acontecimientos de la historia de la salvación revelan nuevos sentidos de un texto antiguo, el último acontecimiento salvífico, desde la encarnación hasta la resurrección de Cristo, provoca un salto interpretativo parejo del sentido de los textos proféticos. Las antiguas profecías son leídas a la luz de los últimos acontecimientos que trascienden las “sombras”, los episodios de la historia antigua y las esperanzas y previsiones de Israel, por cuanto el kerigma trasciende el mensaje de los profetas. En cierto modo, los textos citados en el NT son a la vez una exégesis y una eiségesis del AT.

Por lo general, los estudiosos señalan cuatro modelos de relectura del AT: conflicto, tipología, promesa-cumplimiento y el modelo histórico salvífico. El “conflicto” surge del vino nuevo echado en odres viejos, pero la tipología,

el cumplimiento y la salvación presuponen una analogía fuerte entre los acontecimientos del AT y los del NT, una continuidad entre la iglesia e Israel y la convergencia de los designios de Dios. Así pues, incluso admitiendo que la historia narrada en la biblia no es una crónica sino más bien teología de la historia, no podemos despreciar el dato histórico, sobre todo en la lectura tipológica, ya que la deshistorización conduciría a un docetismo general.

Reinterpretación dentro del Nuevo Testamento

Las cosas no acaban aquí. Incluso dentro del NT hay un proceso de reinterpretación. Bastan algunos ejemplos. En los sinópticos, la historia de la tradición y la de la redacción (*Traditionsgeschichte* y *Redaktionsgeschichte*) nos han enseñado que los hechos y dichos de Jesús no nos han sido transmitidos como si hubieran sido captados por una videocámara, sino a través de la relectura hecha por la comunidad que los ha transmitido y por el evangelista que los ha reunido con su propia teología, adaptada a la comunidad concreta para la que escribía. El “Reino de Dios” de la predicación de Jesús cede el paso a la “justificación” en Pablo, a la “vida eterna” en Juan. El título Hijo del hombre casi desaparece y es sustituido por el de *Christos*, *Kyrios* y otros títulos soteriológicos. Finalmente, el libro

del Apocalipsis viene a ser como el gran mosaico del *Pantocrator* de una iglesia bizantina, construido a base de piezas tomadas tanto del AT como de la tradición evangélica.

Relectura eclesial, liturgia, oración

Este largo *excursus* sobre la reinterpretación está justificado porque este entretejido de investigación histórico-crítica y continua relectura teológica del texto nos da la clave de nuestra lectura espiritual de la biblia, que ha de contar con la contribución del método histórico-crítico y ha de hallar alimento en la relectura eclesial.

Empecemos por la liturgia. Basta reflexionar sobre el canto del *Exultet* del sábado santo para darse cuenta de cómo la plegaria vive de la tipología. Nuestro oficio de las horas no es un producto del método histórico-crítico pero sí una interpretación constante de los textos bíblicos. Fijémonos en la recitación de los salmos en la liturgia de las horas, también de aquellos precisamente cuyo sentido podemos no captar y, más aún, a veces incluso pueden escandalizarnos.

No hay que decir que si uno lee un comentario histórico-crítico del libro de los Salmos y encuentra que un determinado salmo había sido un cántico cananeo, adoptado luego por Israel, no sacará de

ello especial provecho espiritual. Pero no debemos cerrarnos a tal posibilidad, porque es también evidente que muchos salmos, -pensemos en los salmos de alabanza y en aquellos en los que se expresa el deseo de contemplar a Dios anhelando una sonrisa de su parte- tienen un sentido profundamente espiritual en su sentido literal. Ocurre lo mismo con los salmos sapienciales que establecen normas de vida, sobre todo si sustituimos la palabra ley por la de evangelio. Además, otros salmos que parecen irrelevantes en nuestra época pueden ser “bautizados” con facilidad con una lectura espiritual sugerida por la antífona que los acompaña.

Algunas reglas para la lectura espiritual. Los salmos

Ante todo, el orante principal en nuestra liturgia es Cristo, el *Christus Totus*. Los exegetas se preguntan quién es este “yo” que en los salmos invoca a Dios: para nosotros el “Yo” es todo el cuerpo de Cristo en el que está incluido el “yo” del orante individual que lo recita. Es Cristo quien se proclama el Único Santo, es su cuerpo cuando confiesa sus pecados y pide perdón de ellos.

Muchos salmos hablan de Israel; si sustituimos Israel por el término iglesia, ya avanzamos otro paso. Los salmos reales exaltan al rey; en una lectura cristiana el sumo rey es Cristo resucitado. En los

salmos históricos que narran las maravillas obradas por Dios para con su pueblo a lo largo de la historia, basta prolongar la lista recordando la historia de la iglesia, considerándola igualmente bajo la guía constante de Dios a lo largo de los siglos, tanto en lo positivo, es decir, en el caso de las bendiciones históricas en la difusión del evangelio, como en lo negativo, cuando los cristianos, al igual que los hebreos, han sido infieles a la alianza.

Un buen número de salmos son salmos de lamentación, individual o colectiva, de un enfermo o de un perseguido que se vuelve hacia Dios pidiéndole su liberación. Quizás cuando recitamos el salmo no nos sentimos enfermos ni perseguidos, pero si uno piensa en los millones de seres humanos sufrientes o perseguidos por la justicia en todo el mundo, podemos convertirnos en su altavoz. Compartir su dolor es, en sí mismo, una plegaria que nos hace salir del egocentrismo para abrazar el mundo entero en el amor.

Pensemos también en los denominados “Salmos de Sión”, incluidos en el común del oficio de la Virgen María. ¿Bajo qué título? El AT presenta a Sión como la predilecta del Señor porque en ella Yahvé ha puesto su templo. Al extender esta inhabitación al seno de Nuestra Señora, la liturgia reinterpreta las palabras del salmo en sentido mariano.

Además, un mismo salmo pue-

de estar incluido en la liturgia de celebraciones diversas. Las palabras “Tú eres mi hijo, yo te he engendrado hoy” del salmo 2, que leemos tanto en Navidad como en Pascua, se adaptan a ambas ocasiones, aunque ciertamente muy lejos de la intención del poeta cortesano que lo dirigía a un rey de Judá.

Una dificultad particular nos presentan los salmos contra los enemigos, con las maldiciones que contienen. El evangelio de Jesús excluye perentoriamente toda enemistad humana sea personal o colectiva y nos manda rezar por nuestros enemigos y no maldecirlos ni lanzar imprecaciones contra ellos. Para atribuir un sentido a estos salmos es necesario formarse una idea apocalíptica de la historia. “Visión apocalíptica” significa que la historia se interpreta como un conflicto continuo entre el bien y el mal. Los apocalipsis, sean del AT o del NT, leían la historia con los ojos del espíritu mirando al cielo, donde contemplaban la lucha entre Dios y el Mal, entre el Reino y el Antirreino, previendo y pronosticando la victoria definitiva de Dios, la derrota del Mal y el advenimiento del Reino. Así, que debamos dirigir los salmos imprecatorios contra las fuerzas y los poderes que se oponen al Reino de Dios no significa otra cosa que infundir en el salmo el espíritu de las dos últimas peticiones del Padrenuestro: “no nos dejes caer en tentación, mas líbranos del Maligno”.

Textos proféticos, el sermón de la Montaña, Romanos

Los libros proféticos del AT se dirigen a sus contemporáneos con reproches y promesas de perdón, pero su mensaje es eterno: sus amenazas y exhortaciones son válidas para la Iglesia. De hecho, las lecturas de las misas cuaresmales extraídas de los profetas han sido escogidas pensando en nosotros. Hay que prestar especial atención a los textos en los que los profetas de Israel combaten las alianzas políticas con Asiria, Egipto, Babilonia o los pequeños estados vecinos. Los profetas predicán una *política ex fide*, es decir, que sólo la fidelidad incondicionada a Yahvé y la fidelidad a la Alianza pueden salvar a Israel; fuera de ese ámbito, el pueblo está a merced de las vicisitudes históricas que se interpretan como castigos a la infidelidad. Tales oráculos pueden servir análogamente de advertencia a la iglesia que, a menudo, se halla tentada de aliarse con partidos políticos o con gobiernos que, durante un tiempo, le pueden proporcionar ventajas temporales, pero que la traicionan apenas cambian sus propios intereses.

En el campo de la doctrina social de la Iglesia una lectura espiritual es provechosa. Las bienaventuranzas del Sermón de la Montaña no van dirigidas únicamente a los individuos, sino a los pueblos y las naciones. Toda la insistencia moderna en la distribución de las riquezas del mundo y

la justicia internacional tiene como fundamento las bienaventuranzas, que individualmente han dado pie a las más bellas encíclicas sociales de los papas. Y, al contrario, a lo largo de la historia de la iglesia podemos observar que muchos males provienen de la excesiva riqueza de los organismos eclesiales.

En ese contexto resulta adecuado leer determinados pasajes de la carta a los Romanos. Aunque Pablo se dirige en ellas a sus contemporáneos, en sus particulares circunstancias, las recomendaciones que da siguen siendo válidas para cualesquiera situaciones análogas de la vida de la iglesia y de la humanidad. Veamos algún ejemplo. Hoy día Occidente, o los países del Norte, viven en el consumismo y la superabundancia que son causa de tantas carencias en el llamado Tercer Mundo. Las riquezas conducen a un sentimiento de autosuficiencia y al olvido de Dios, a quien ya no se necesita. En Rm 1, 18 ss Pablo reprueba a los gentiles del mundo grecorromano que, habiendo conocido a Dios, no le hayan dado gracias sino que hayan glorificado imágenes de animales, etc. Por esta razón, Dios ha entregado los paganos a toda suerte de vicios contra natura. ¿No se descubre aquí una analogía con la situación actual de nuestro mundo occidental que va dejando de lado su fe tradicional y justifica todos los vicios posibles? Y, fijándonos en los capítulos 9 a 11 de la misma carta, ¿no

podríamos decir que el cortar la rama estéril del olivo y el injertarle la de un acebuche se podría aplicar hoy a las ramas secas de los pueblos occidentales y a la inserción de los pueblos pobres en el tronco de la iglesia? Basta reflexionar sobre la procedencia geográfica de las vocaciones religiosas y sacerdotales para advertirlo.

Conclusión

Lo que propongo son preguntas, no afirmaciones, pero creo que así como Pablo, analizando el modo de actuar de Dios en el AT, lo había ampliado y aplicado a sus días, igualmente nosotros podríamos, razonando *per analogiam*,

extenderlo a nuestros tiempos. Ciertamente, si limitamos el análisis del sentido de la historia contemporánea a los factores económicos, sociales y políticos, las anteriores consideraciones resultarán ridículas y consideradas negativas y fantasiosas (ciertamente, siempre existe el peligro de una lectura espiritual fantasiosa). Pero si nos acostumbramos a leer los acontecimientos contemporáneos con el periódico en una mano y la biblia en la otra, manteniéndonos siempre en la línea de la sana tradición eclesial, quizás podríamos vislumbrar el significado de la enigmática frase de Isaías (45, 7): “Yo formo la luz y creo las tinieblas, yo doy la paz y creo la desdicha: soy yo, el Señor, quien lo hace”.

Tradujo y condensó: ÀNGEL RUBIO